

¡Qué mayor triunfo si en vibrantes ritmos
Fácil arranca de la ebúrnea lira
Nuevos cantares que en lejanos pueblos
Eco difunda!

Musa risueña, de serenos ojos,
Vióme benigna cuando al mundo vine!
Eros amable despertó en mi alma
Cantos del cielo....

Blanda me lleva á la moderna Hispalis
Aura apacible, do virgíneos labios
Vierten riendo el perfumado y dulce
Vino de Lesbos.

Oigo tu frase que argentina suena
Dando á mis versos juventud y vida;
Y en las estrellas de tus ojos, claros
Miro mis sueños....

Gloria y honores y riqueza, todo,
¡Ay! todo rueda á la insondable nada!
Sólo el poeta con su voz divina
Salva el olvido!



MARGARITAS



MARGARITAS

AL SR. LIC.

DON IGNACIO M. ALTAMIRANO

MAESTRO:

Dedico á Vd. estas poesías, entresacadas de las que debían formar el segundo libro de «Mirtos». Aceptelas Vd.; llevan el nombre de su angelical compañera, el poético nombre de Margarita.

Enrique Fernández Granados.

México, 31 de Julio de 1891.

Paris, Septiembre 26 de 1891.

Muy querido Enrique:

Ayer recibí el paquetito con los dos preciosos ejemplares de sus bellísimas « Margaritas » que me dedica vd. el 31 de Julio, como un obsequio de mis días.

Es el ramillete simbólico y sagrado que ha caído, no sobre mi mesa, sino sobre mi corazón, y allí lo guardaré con amor, con gratitud, conservándolo fresco con mis lágrimas mientras viva. Los míos, los que me aman, lo conservarán fresco con las suyas, cuando yo no exista.

El libro de vd. es inmortal por su belleza poética; pero si no lo fuera por ella, lo sería para mí, para mi dulce y buena mujer, para mis hijos, para mis hijos intelectuales, por el noble cariño que ha inspirado su dedicatoria y que me hace querer á vd. aún más, si este *aún más* cabe en el inmenso afecto que profeso al joven poeta que como un sol asciende siempre en el cielo radioso de nuestra poesía nacional.

Yo estoy profundamente conmovido, y puede ser que no escriba en esta carta más que frases aparentemente vulgares; pero, créalo vd., ellas son las únicas que encuentro para expresar mi emoción. Ya lo

sabe vd., los grandes sentimientos se traducen siempre por exclamaciones vulgares. El dolor no tiene más que los *ayes*, la cólera las interjecciones ó las blasfemias, el amor monosílabos, la gratitud palabras lacónicas; pero todo esto, de carácter vulgar, porque este es el lenguaje más pronto, más fácil, más natural para expresar la sensación que embarga intensamente.

Por supuesto, tan pronto como pudimos, en la noche de ayer, leímos en familia los lindos versos, los saboreamos. Vd. progresa, ideas é imágenes de una belleza inatacable, la forma clásica. Eso es griego ó romano de los buenos tiempos. Ya lo habia escrito yo en ese prólogo que comencé en Roma y que no he acabado por mi maldito carácter, pero que acabaré pronto para que sirva á vd. en el segundo tomo de «*Mirtos*,» del que «*Margaritas*» no es más que una muestra.

Voy á reimprimir éstas poco á poco en un periódico elegantísimo que hay aquí, redactado por escritores de talento y que se llama «*América en París*.» Como él circula en toda la América latina, estoy seguro de que los versos de vd. van á ser conocidos y aplaudidos en todas partes.

¡Cómo no he de querer á vdes. con toda el alma! Todos á porfía me demuestran que no me olvidan, que me aman siempre. Y yo, por vdes., he puesto este lema en mi monograma,¹ pues los tengo á todas horas cerca del corazón. Hoy, domingo, mientras
 1 Loín des yeux, près du cœur.

que la vida de París inunda de ruido mi calle, yo me encierro para hablar con vd.; para decirle parte de lo que siento.

Mi *angelical compañera*, como vd. la llama poéticamente, envía á vd. su agradecimiento; Aurelio sus recuerdos, y yo todo mi afecto como su maestro y amigo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

